

ENTRE EL OSO Y EL TERNERO



Después de años de olvido, Michel Simon, que fue uno de los actores más justamente protegidos del cine francés de los años treinta, ha iniciado una segunda carrera que ha sido sancionada por el premio de interpretación del último Festival de Berlín, que le fue otorgado por la película «El viejo y el niño».

MICHEL SIMON

“UN ANIMAL CINEMATOGRAFICO”

LA Semana de Cine Francés que acaba de celebrarse en Madrid ha dado ocasión de reanudar lazos con un viejo actor, mitad olvidado, al que el premio de interpretación otorgado en el último Festival de Berlín ha vuelto a poner en órbita, Michel Simon. Quizá, de toda la Semana, haya sido el reencuentro de Simon lo más importante. «Mouchette», de

Bresson, venía ya precedida del triunfo en Cannes. «Vivre pour vivre», de Lelouch, indignará a quienes detestaron «Un hombre y una mujer» y entusiasmará a los que se entusiasmaron con ella; por otra parte, va a estrenarse comercialmente en estos días. Michel Simon debió ser la gran estrella de esta Semana, pues el escaso conocimiento que tiene el público español de su figura ha

hecho que pase poco menos que inadvertido.

En el último Cannes, él fue, junto a Brigitte Bardot, el personaje que más entusiasmo desencadenó en la sesión de clausura. Su film «El viejo y el niño», de Claude Berry, debía haber sido proyectado en el certamen, junto a una selección de secuencias de sus películas más importantes, llevada a cabo por el se-

cretario general de la Cinémathèque Française, Henri Langlois, y a última hora se prefirió prescindir del programa en cuestión para pasar el film producido por Gunther Sachs, con lo que se garantizaba la presencia de B. B. El actor, de todos modos, se presentó en Cannes acompañado de Alain Cohen, el intérprete infantil de «El viejo y el niño», y sostuvo una tem- **SIGUE**

pestuosa conferencia de prensa que sólo fue sobrepasada en expectación por la de Jerry Lewis.

Michel Simon tiene en la actualidad setenta y dos años, y hace cincuenta y seis que es un profesional del espectáculo. Nacido en Suiza, en Ginebra concretamente, su carrera se ha desarrollado en Francia, donde empezó como bailarín acrobático en 1911. Luego actuó junto a los célebres Pitoeff, interpretando a Shakespeare, Shaw, Pirandello... En 1925, después de haber debutado en el cine con «El poder del trabajo», llama la atención su intervención en «El difunto Mathias Pascal»: «Jean de la Lune», adaptación de la obra teatral homónima de Marcel Achard, que ya había interpretado en la escena, es la película de su triunfo definitivo, en 1931. A partir de ese momento, Simon es reclamado por los directores más importantes del momento. Trabaja con Carné, Vigo, Renoir. Su personaje de «L'Atlante», del segundo, es inolvidable. Con Carné hace «Drôle de drame», «Quai des brumes». Con Renoir, «On purge bébé», «Tir au flanc», «La chienne» y, sobre todo, «Boudu sauvé des eaux», otro de sus films inolvidables, en el que encarna a un «clochard» al que una familia burguesa rescata del Sena y que, incapaz de adaptarse al modo de vivir y a la mentalidad de sus salvadores, volverá a desaparecer mediante un sui-

cidio fingido. Duvivier y Sacha Guitry le llaman con frecuencia. Hasta que un día sobreviene la enfermedad y el olvido. Simon, que nunca ha sido un galán, con su cara casi monstruosa que hace pensar en la obra sin terminar de un escultor temperamental, envejece mal. Un tinte para el cabello que se ve obligado a utilizar para una de sus interpretaciones le produce una enfermedad que, entre otras cosas, le acarrea algo trágico para un actor: la pérdida de memoria. Se retira a una finca, donde vive rodeado de animales —una de sus pasiones—, sin que, durante años, ningún productor vuelva a acordarse de él. Un amor tardío —en 1957 se vuelve loco por una actriz desconocida, Denise Dax— le hace salir de su retiro, recuperar nuevos bríos. Recomprensión el trabajo en pequeños papeles. Recientemente, dos films suyos han llegado a las pantallas españolas: «El diablo y los diez mandamientos», de Duvivier, y «El tren», de Frankheimer. Se presenta nuevamente en el teatro, con un «western de cámara» de Jacques Audibert, que permanece meses y meses en cartel. Y le llega, al fin, la oportunidad de hacer de nuevo un protagonista en cine con «El viejo y el niño». La injusticia de Cannes, donde, con todo, los organizadores se vieron forzados a rendirle un homenaje, es compensada por Berlín, donde se le concede el Oso de Plata. A los setenta y dos



«Me llamo Jericó» es el título del film que, bajo la dirección de Jacques Poitrenaud, rueda en la actualidad el ganador del Oso de Plata en la última edición del certamen berlinés. En él interpreta el papel de un veterinario retirado que vuelve al ejercicio de su profesión. Simon es gran amigo de los animales en la vida real.



MICHEL SIMON



Bardot y Simon fueron las grandes atracciones de la clausura del último Cannes. Si bien el film del viejo actor no sirvió para cerrar el Festival, como estaba previsto, la organización se vio forzada a rendirle homenaje. Simon —setenta y dos años— se presentó acompañado del juvenil Alain Cohen.

★

años, Michel Simon emprende así, de nuevo, una triunfal carrera.

En un país como Francia, donde los actores han solido ser, hasta la llegada de la nueva hornada, clásicos, correctos y cultivados ante todo, un caso como el de Simon es algo insólito. Su rostro hecho a martillazos, su voz cascada, su aspecto salvaje, hosco, gruñón, le hacían poco apto, a priori, para convertirse en estrella. Su talento pudo más que todos estos handicaps. Su personalidad se impuso durante años y vuelve a hacerlo. Desde «L'Atalante» a «El viejo y el niño», pasando por «Fin de jornada», «La belleza del diablo» y «Carnet de baile», su trayectoria se ha mantenido en una línea regular, de truculencia y humanidad, de ultranza y ternura. Michel Simon, antes que un actor —y lo es extraordinario—, es un auténtico «animal cinematográfico». Ahora, después de la consagración —reconsagración, mejor dicho— que ha supuesto el premio de Berlín, rueda un nuevo film con Jacques Poitrenaud, el guionista convertido en director a raíz de «Esposa ingenua»; se titula «Me llamo Jericó», y en él interpreta a un viejo veterinario retirado que se ve obligado a volver a su profesión por una serie de circunstancias. Simon, que está acostumbrado a vivir rodeado de animales —en su casa de Noisy-le-Roy tiene un loro, una gacela y media docena de monos y gatos—, no se encuentra, pues, desorientado en este mundo de ficción, y así la escena en que ha de hacerle el «boca a boca» a un ternero recién nacido no le habrá producido, con toda seguridad, ninguna repugnancia.

(Fotos: GAMMA-EUROFOTO)